

que á esa alma que parecía abatirse; y gracias á vuestros cuidados, llegará á reconocer que en lo sucesivo le será difícil espantarse, puesto que ha atravesado semejantes momentos; y también detenerse, puesto que sigue su marcha después de tales sacudimientos.

VI

El sentimiento religioso

En el párrafo precedente sólo hemos tratado este asunto bajo el punto de vista humano; sin embargo, serían muy dignos de compasión aquellos que ante todo, no tuviesen pensamientos sobrenaturales para sostenerlos en los momentos difíciles, y no seremos nosotros quienes queramos privar á los niños de un auxilio tan necesario. Hemos dado el sentimiento religioso como el medio más seguro para elevar un carácter; y lo indicaremos con mayor razón todavía, como el medio más seguro para afirmarlo.

En primer término, apenas necesitamos hacer notar que la lucha contra el mal bajo todas sus formas es la idea fundamental de la moral religiosa; que el evangelio nos habla en cada una de sus páginas de deberes austeros y difíciles; que en

consecuencia no hay nada que se acomode menos á la molicie que el sentimiento religioso; pero sobre todo, no lo olvidemos, puesto que se trata de afirmar y establecer sólidamente, debemos ante todo buscar una base inquebrantable, una base que pueda desafiarlo todo y de la que nunca se dude. Allí está toda la cuestión; porque tanto el niño como el hombre necesitan una *ultima ratio*, una razón postrera, sin la cual titubean y se detienen, y todos hemos podido observar muchas veces esos relámpagos de lógica que surcan la inteligencia de los niños, cuando se les pregunta algo que parezca inconsecuente.

Según el pensamiento de Lamennais, « el hombre no está dispuesto, naturalmente, á hacer al interés público los sacrificios que éste exigiese, como tampoco á admirar la belleza de una máquina que supiera iba á aplastarlo. »; ¿Cómo esperar pues del niño el sacrificio más desinteresado y más difícil de su placer y de su bienestar, sin esa razón última indispensable, de la que acabamos de hablar y que no puede ser otra, sino la idea de Dios y la sanción de su justicia?

Ciertamente que no es esto bastante para oponer un freno eficaz á las pasiones egoístas y á las ambiciones, es decir para mantenerse con firmeza en la línea del deber, por grandes que sean los esfuerzos que tenga uno que hacer sobre sí

mismo : y cuando utopistas más ó menos sinceros nos hablan de moral independiente, ó como dicen con tanto cinismo, de moral efectiva, vemos con espanto la independencia de esa moral que todos modelan á su antojo, y pedimos las garantías del desinterés, con el cual cada uno inmolará efectiva y constantemente sus intereses á su conciencia y al bien público, cuando tenga libre campo para sus experiencias.

Sin duda alguna necesitamos firmeza contra los enemigos y los peligros exteriores ; pero no nos engañemos, la necesitamos sobre todo contra nosotros mismos ; y esto explica muchos ataques contra las verdades religiosas.

D'Alembert atribuye la irreligión « al deseo de no tener ya freno para las pasiones ».

Rousseau, por su parte, dice « que no se puede ser virtuoso sin religión, y que largo tiempo tuvo esa opinión engañadora de la que está desencantado ». Nos contentaremos con estos testimonios que nos dan el derecho de reivindicar para la educación de los niños lo que es indispensable para la conducta de los hombres, cuya inteligencia está sin embargo más desarrollada y más afirmada su voluntad.

Arquímedes pedía un punto de apoyo para levantar el mundo, nosotros lo pedimos para sostener las almas ; pero, y esta es una ley física, nosotros

como él necesitamos ese punto de apoyo en otra parte que no sea la tierra ó la humanidad, puesto que la humanidad es la que se trata de levantar : es preciso pues buscarlo en Dios.

Y en esto no hay equivocación. Un sentimiento cualquiera de religiosidad y un deísmo vago son insuficientes. Según Mr. Bonald, « un deísta es un hombre que no ha vivido bastante tiempo para llegar á ser ateo ; » así pues el sentimiento religioso debe apoyarse en una noción precisa y personal de la divinidad, porque su intervención para ser eficaz, debe ser real y permanente ; lo cual no es posible, sino á condición de una especie de contacto, de coexistencia continua entre Dios y el alma. Este contacto, esta coexistencia, la tienen los católicos de una manera eminente, en el sacramento de la Eucaristía ; y las sectas disidentes pueden encontrarla más ó menos en lo que les queda de la doctrina católica. De todos modos, no hay palanca comparable á esta, mejor dicho es la única con la que se puede contar.

Según Montesquieu, « los suplicios no son capaces de imponer costumbres ; » pero lo que no pueden dar los suplicios, el temor de Dios y la confianza en Dios lo darán segura y soberanamente, es decir, con la solidez y la firmeza que forma el objeto de este estudio. Y he aquí por qué : el que teme á Dios, á nadie teme más que á él, porque todo

temor desaparece ante éste, como las estrellas ante el sol. El que tiene confianza en Dios, en la medida de sus promesas, sabe en caso necesario, no necesitar otro apoyo que el de Dios, porque sabe que Dios es el amo.

Así pues tenemos derecho para afirmar que el que teme á Dios y tiene confianza en él, ya sea hombre, mujer ó niño, es el hombre verdaderamente firme : *el héroe*. Sin duda alguna encontráis actos de heroísmo, concebidos por el patriotismo, por el sentimiento de humanidad, por el amor de la familia ; pero están más ó menos inspirados bajo el nombre de deber, por el sentimiento religioso, del cual está uno impregnado algunas veces sin sospecharlo ; y en todo caso sostenemos que en ninguna parte se encontrará la inspiración tan cierta y tan eficaz, precisamente porque en ninguna parte se encontrarán razones tan decisivas.

¿ Cómo, por ejemplo, el que cree en la inmortalidad del alma y en la justicia de Dios, el que cree no solamente de cualquiera manera, es decir sin pensar en ello, sino de una manera seria, reflexionando frecuentemente y haciendo que todo se dirija hacia ese objeto, cómo éste no se verá inquebrantablemente sostenido, ya sea contra sus debilidades personales, ya contra los ataques y las dificultades exteriores ? ¿ será posible que no esté más aguerrido para la lucha aquel que, en la soledad más absoluta, obra bajo las miradas de Dios, y que debe

luchar mejor que bajo las miradas humanas ? ¿ el que sabe que el más débil de sus esfuerzos será recompensado, y castigada la más ligera de sus faltas ? ¿ aquél, en fin, que sólo ve en el universo entero, vil polvareda en comparación de los bienes que espera, y en la más larga vida terrestre un parpadeo comparada con aquella que debe ser su recompensa ?

Los hechos son bastante numerosos y decisivos, para confirmar de una manera brillante la teoría que acabamos de exponer. Allí está la historia del mundo, para atestiguar de qué heroísmo son capaces los pueblos ó los individuos impulsados por el sentimiento religioso. Es evidente, que según la mayor ó menor elevación de ese sentimiento, ó mejor dicho, según la mayor ó menor suma de verdades que constituyen el fondo, los resultados son más ó menos admirables ; pero las obras más hermosas, los sacrificios más desinteresados, los actos de valor y paciencia más extraordinarios, son actos y obras de fe.

Y sin ir más lejos, nos parece que no pueden verse sin admiración ciertos rasgos de calma sobrehumana, de noble y paciente firmeza, en las mujeres sobre todo. La debilidad de su sexo, el vicio de su educación algunas veces, la costumbre del bienestar, con frecuencia, parecen establecer en ellas condiciones desfavorables para la constancia

del carácter, y sin embargo, excitan la admiración y el asombro, aun de aquellos que más las estiman.

Poseen una paz, que casi parece felicidad, en los momentos en que la amargura y las lágrimas las inundan; en que tienen el corazón desgarrado, y en que, por medio de sufrimientos físicos, se les arranca la vida. Los ejemplos abundan, y quisiéramos tener espacio para citar todos los que recordamos; y si hablamos de las mujeres, á propósito de la firmeza de carácter, es porque vemos allí un *á fortiori*; pero hay que saberlo bien, el verdadero cristiano teme á Dios y tiene confianza en él: por eso mismo es el hombre de valor y de firmeza por excelencia, y nada fuera de la fé puede sostenerlo así.

¿ Quiere esto decir que para el hombre religioso sea imposible todo desfallecimiento, y que en particular, todos los niños educados en los principios de fé, bien comprendidos y sabiamente aplicados, estén garantizados contra cualquier abandono de la dignidad, del honor y del deber? Seguramente que no; no será tampoco preciso conspirar criminalmente contra sus convicciones y su honradez como sucede algunas veces por desgracia. Podrán caer vergonzosamente; pero el valor y la firmeza no sirven exclusivamente para impedir al hombre que caiga; pueden también tener el papel de levantarle, porque en definitiva el que tenga menos vigor é impulso, no tendrá fuerzas para proseguir

la marcha después de una caída, y sólo el remordimiento es bastante para que el hombre religioso sea superior á los demás.

Cuán sensible es que muchos hombres se priven de ese elemento de fuerza moral, y sobre todo que muchos jóvenes estén expuestos á ver en la práctica de su religión, una formalidad sin importancia, cuando lo mismo en el presente que en el porvenir, podrían encontrar allí lo que buscan en vano en otra parte: es decir, una base segura para resoluciones dignas y una garantía incomparable contra desfallecimientos que es preciso prever.

Resumiendo diremos que hay en la educación: lucha contra las repugnancias á la disciplina y al trabajo; lucha contra la inclinación á la molicie y contra las pasiones, y lucha contra la adversidad; pero en todas estas luchas que deben emprenderse desde niños y sostenerse casi sin interrupción, en una edad en que la sangre hierve y el cerebro arde, ¿ encontrarán los maestros un apoyo, un estimulante, un freno más eficaz que el sentimiento religioso?

Todas las honorables personas que se dedican á la educación, saben cuán difícil es esta tarea; les suplicamos que llamen en su ayuda á la fé razonada y reflexionada; pero sobre todo á la fé que participen y practiquen; de otra manera se comprende que todo sería inútil.

Este es nuestro último voto, es también el más ardiente, unido al de servir por poco que sea con este escrito, á dos causas que honran á sus más humildes defensores: la causa de la patria y la causa de Dios.

HISTORIA DE LA PEDAGOGÍA

POR

GABRIEL COMPAYRÉ

EX-ALUMNO DE LA ESCUELA NORMAL SUPERIOR
ADJUNTO DE FILOSOFÍA, DOCTOR EN LETRAS
RECTOR DE LA ACADEMIA DE POITIERS
Y OFICIAL DE LA LEGIÓN DE HONOR

MATERIAS QUE CONTIENE ESTA OBRA :

La educación en la antigüedad. — La educación entre los Griegos. — La educación en Roma. — Los primeros cristianos y la edad media. — Renacimiento y teorías de la educación en el siglo XVI. — Erasmo, Rabelais, Montaigne. — Orígenes protestantes de la enseñanza primaria. Lutero, Comenio. — Las congregaciones enseñantes. — Jesuitas y Jansenistas. — Fenelón. — Filósofos del siglo XVII. — Descartes. — Malebranche, Locke. — La educación de las mujeres en el siglo XVII. Jacqueline Pascal y M^{me} de Maintenon. — Rollin. — católicos de la enseñanza primaria. — Rousseau. — sofos del siglo XVIII. — Condillac, Diderot, Helvetius. — Orígenes de la enseñanza laica y nacional en Francia. — Chailotais y Rolland. — La Revolución francesa. — Talleyrand, Condorcet. — La Convención. Lepelle Fargeau, Lakanal, Daunou. — Pestalozzi. — Los doctores de Pestalozzi. Fröbel y el P. Girard. — La femenina. — La práctica y la teoría de la educación en el siglo XIX. — La ciencia en la educación : Herbert Spencer, Alejandro Bain.

4 vol. Cartón \$ 4.50
— Percalina \$ 4.75